

## Muerte y dignidad

Dos palabras, eutanasia y suicidio, ambas a lo largo de la historia eran una sola, quitarse la vida. Es cierto que el pueblo tiene mayor comprensión hacia esas personas con una enfermedad incurable, sobre todo, si pasaban ya de los sesenta años, que no con la muerte autoinfligida por jóvenes. Es fácil de comprender que matarse cuando ya no hay perspectiva real de futuro y el presente supone un sufrimiento diario, no es lo mismo que tomar esa decisión por desengaños amorosos, depresiones u otras formas de insatisfacción, en jóvenes. De estas divergencias entre una manera y otra de morir, surgió, como era de esperar, una diferencia de criterio, que en nuestros tiempos llamamos eutanasia y suicidio. Podríamos decir que eutanasia se diferencia de suicidio en que el primero carece de futuro. Por su parte, el suicida piensa que la existencia para él no tiene sentido, que viene a ser algo parecido al sentimiento dentro de la eutanasia, aunque haya como ya he mencionado, divergencias reales entre un caso u otro.

Veamos ahora cómo ha entendido nuestra sociedad el suicidio en los últimos dos mil años.

Un par de organizaciones han dominado el mundo a lo largo de nuestra historia, la religión y los reyes, pues bien, para ambos el suicidio era algo repudiable, la sociedad monárquica con su séquito de nobles, tenían leyes para castigar a los suicidas que no lograban su objetivo, para ello, les daban una buena paliza y después pasaban un tiempo en un calabozo, a veces, con un cepo en los pies y el cuello. Es interesante saber que cuando estos monarcas iniciaban una guerra, reclutaban por las buenas o por las malas a toda persona suficientemente fuerte para ir a otro país a matar o morir. Si alguien no deseaba ir a la guerra se le consideraba desertor y de ser apresado le cortaban las orejas o la nariz, le marcaban con un hierro candente en la frente o iba a la cárcel por años. De esto se desprende que los reyes pensaban que la vida de sus súbditos les pertenecía. De otro lado, tenemos a la religión cristiana y musulmana, que no dejan enterrar en suelo sagrado a los suicidas, cayendo de esta manera el deshonor a toda la familia. Si el suicidio fallaba, esa persona era excomulgada, con toda la lacra social que esto implicaba, no obstante, estas dos religiones no tuvieron inconveniente en pedir la vida a los demás para entrar en guerra contra otros países de otras creencias, a las que hipócritamente llamaron guerra santa.

Desde el principio de nuestras sociedades, el individuo ha tenido y tiene el derecho a la vida, esto hoy día está inscrito en todas las constituciones como hecho natural e inalienables del hombre, por lo tanto, si tiene derecho legítimo a su vida, también debería tenerlo a su muerte. Si somos responsables de nuestros actos, es porque lo somos de nuestra propia vida y por lo tanto, de nuestra muerte.

### **Muerte y dignidad**

Tal y como he dejado claro, vivir o dejar de hacerlo es únicamente competencia de la propia persona y de su sentido de la dignidad. Todos hemos oído casos donde un mayor queda varado en su casa atendido durante años por los familiares que lo mueven alimentan y limpian. Es posible que

otro tipo de personas tenga otro tipo de dignidad y no se vean a sí mismos en esa situación, dejando que les lleven al aseo y les limpien después. Debemos respetar la dignidad de los demás y si hay quien no desea ser una carga para sus hijos, poniendo fin a su vida, nadie puede reprocharles su manera de actuar. Recordemos esas enfermedades para las que no se tiene cura, si el paciente no desea seguir viviendo, nadie tiene derecho a impedir su voluntad.

Despertar por la mañana con dolor, seguir con él el resto del día y a veces, hasta la noche, sin esperanza debido a la edad, puede incitar a tomar la decisión de poner fin a su sufrimiento.

Hay personas que temen la muerte, otras no, los primeros se agarrarán a la vida todo lo que su cuerpo y la asistencia sanitaria les permite. Esto, como vengo diciendo, es muy personal.

Los parientes que cuidan personas mayores con mala salud, no puede gustarles, por mucho amor que se les tenga, si hablamos de años, aunque cara a la sociedad mantengan otra postura. De otro lado, nos encontramos con familiares que teniendo una actitud egoísta se agarran a sus padres con tal fuerza, que a éstos les resulta difícil pensar en la muerte y su dolor se prolongará por más tiempo. Todo esto podemos encajarlo en la eutanasia, pero, ¿qué pasa con el suicidio?.

Muchos adolescentes e incluso niños, se suicidan, la mayoría al escuchar estas noticias siente lástima y piensa, posiblemente con razón, que ha sido una mala decisión, ya que hay una vida por delante. Todo esto es cierto, pero, también lo es, que el ser humano tiene derecho a equivocarse y en consecuencia a pagar por sus errores. Una educación sobre el suicidio impediría muchas muertes y con esto me refiero a aprender, no a la amenaza de la sociedad o las ideas de la religión oficial. A todo esto, los parientes más allegados se sienten mal, ante la opinión de los demás y de sí mismos, creyendo con o sin razón, que podrían haber evitado esa desgracia. Si ahondamos más, veremos que, hasta en el suicidio se dan casos extremos que podrían justificarse, como el de una niña violada por su padre durante años u otros niños huérfanos debido a una guerra y maltratados continuamente por personas extrañas. Hay que ponerse en la piel de los suicidas para poder ver su angustia y luego, cada cual, tener su propia opinión.

## **Miedo a la muerte**

El miedo a morir es muy fuerte en algunas personas, logrando con ello que su día a día por desagradable que sea, les resulte preferible a su propio miedo. Un refrán indica bien lo dicho: *....más vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer*. Los hay que no opinan lo mismo. Como reconocer que se tiene miedo no les gusta, se mantienen cara al exterior en la postura de que ellos no se oponen a la muerte, ya que es parte de haber nacido, sin embargo, es solo en apariencia, ya que si alguien no teme a la muerte, no está continuamente buscando asistencia médica.

En este punto les podría decir para animarles, que la muerte no existe, que tenemos un espíritu inmortal por ser parte de Dios, pero, claro, muchos pensarán que nadie de los que murieron han venido a contarnos lo contrario. Este es un pensamiento propio de personas ignorantes, ¿qué creen que transmitieron Zarathustra, Budha, Jesús y Mahoma?. Todos ellos nos aseguraron que teníamos un espíritu inmortal, por ser éste, parte de Dios. Recordemos también el concepto de reencarnación. La mayoría de los sabios que figuran en nuestra historia nos dicen que somos inmortales y la totalidad de los místicos, lo mismo. Siendo esto así, a quién vamos a creer, ¿a la gente corriente?, ¿a los políticos?, ¿a lo que nos dicen por televisión?.

Ahora voy a razonar sobre la existencia del espíritu humano, no les voy a pedir fe, ni que sientan o crean *esto o aquello*, es, como acabo de indicar, un razonamiento.

Hay dos cosas difíciles de ver y comprender, una por estar muy oculta y la otra, por hallarse frente a nuestras narices, la existencia del espíritu pertenece como verán a esta última opción.

Espero que sea de su agrado lo que aquí van a descubrir, dándose cuenta que lo humano no es mortal, sino todo lo contrario. Esta reflexión es una esperanza para todos aquellos que temen la muerte. Es como abrir una ventana para que el aire fresco entre en nuestro hogar.

### **Constitución humana.**

Podemos reconocer inmediatamente a una persona de otro ser vivo o cosa, gracias a nuestros sentidos. Por medio de la vista nos identificamos, cada cual tiene una forma determinada, unos rasgos de la cara, el color de los ojos, del cabello y también de la piel, todo esto, como digo, son informaciones que nos llegan por la vista. Por el oído percibimos el sonido de las voces, con sus múltiples tonalidades que se hacen especiales para cada persona, es tan difícil reconocer dos voces iguales, como dos cuerpos similares. Con nuestro tacto podemos palpar a otra persona. También los cuerpos humanos tienen su olor particular y un sabor, que percibimos del contacto de nuestros labios con la piel de las personas amadas. A esto se añade que todo individuo puede medirse y pesarse. Resumiendo, podríamos decir que el cuerpo humano tiene forma, color, peso, textura, olor y sabor. Esto en cuanto a lo que podemos ver, pero, hay otras partes constituyentes que no siendo visibles, son perfectamente reconocibles como nuestros pensamientos, emociones o sentimientos y la voluntad.

La mente produce pensamientos, no es posible negarlo, sin embargo, nadie puede responder a las siguientes preguntas:

¿Cuánto pesan nuestros pensamientos?. ¿Cuánto miden?. ¿Qué forma y color tienen?. ¿Cuál es su olor?. ¿Qué sonido producen?. ¿Qué sabor tienen los pensamientos?. ¿Qué sensación producen al tacto?.

Si ahora me refiero a nuestras emociones y al sentimiento del amor, nos encontramos en la misma situación, la de no poder responder y lo mismo se aplica a nuestra voluntad. Se dan ustedes cuenta, nuestros pensamientos, emociones y fuerza de voluntad, no son localizables con nuestros sentidos y tampoco podemos medirlos o pesarlos.

Aunque usted no pueda ver los pensamientos ajenos, ni sentir lo que sienten otros o ver la fuerza de su voluntad, puede inferirlo porque usted tiene esas mismas características en su constitución.

Si ahora nos centramos en el ser humano en general, veremos que precisamente aquello que no se ve, es lo que mejor le define. El cuerpo humano lo único que hace es moverse y deja de hacerlo cuando perece.

Volvamos a resumir de nuevo. Tenemos en la constitución humana una parte visible y otra que no lo es, siendo la parte invisible la que mejor identifica a la persona.

Ahora entramos ya en el error de extrapolación que ha dificultado que algo tan evidente, se pueda ver.

Cuando alguien se muere usted ve que esa parte visible, tangible, medible, etc., ha dejado de moverse y por un error en el arte de pensar, ha extrapolado hasta la parte no visible. Si usted como acaba de reconocer, no puede medir, pesar, describir la forma, olor, tacto, sonido y sabor de los pensamientos, emociones y voluntad, **¿por qué cree que lo invisible también perece?. ¿En qué se basa usted para hacer tal afirmación?.**

Nuestra mente, emociones y fuerza de voluntad, son aspectos de nuestro espíritu. Ahora usted

podría formularme la misma pregunta, ¿En que me baso yo para afirmar que el espíritu es inmortal?. En algo muy sencillo, si lo que vemos perecer es lo que percibimos con nuestros sentidos físicos, sin duda alguna, aquello que no captamos, es por no ser material y si no lo es, será sin duda inmortal.

Como soy profesor me voy a permitir realizar una comparación entre una mentalidad abierta e inteligente y la propia de alguien obtuso o cerril.

Una persona necia cree que lo que ella no ve, no oye, no siente o no logra razonar, es sencillamente porque tal cosa no existe. Generaliza sobre sí mismo, colocándose como instrumento de medida para todo su entorno, con lo cual, demuestra que a su cerrilidad se le añade egocentrismo. Una persona inteligente, cuando escucha aunque sea por primera vez algo diferente, si ese algo está razonado, aunque no lo acepte en ese momento, le creará dudas, que en un futuro podrán dejar de serlo, tanto en un sentido como en otro.

Para finalizar les dejo este pensamiento: *El cuerpo que posee es suyo por nacimiento, de su completa responsabilidad y si quiere abandonarlo, por la razón que usted estime, también será responsabilidad suya, de nadie más.*

*Adolfo Cabañero*  
*psicopedagogo y profesor de yoga*